

Félix Armando Núñez

Nubes de Otoño

I

RECUERDOS



HAY recuerdos de bella dulzura melancólica
acaso más amables que su pasada fuente:
desnudos cuerpos jóvenes que ardieron por
[nosotros
—quién sabe cómo—en blancos sacrificios alegres.

Sus mármoles vivientes se los tragó la noche
o se han unido a otros buscando mejor suerte:
Estamos solos . . . pero en nuestros sueños diurnos
hechizan la penumbra y el silencio embellecen.

En tibias zonas de humo su patética albura
nos llena como algo logrado para siempre,
su sonrisa ilumina la intimidad fragante
y con fulgor de llanto el corazón encienden.

Me obsesiona, ya la única, una adorable imagen
como escultura móvil de pálido relieve:
en el diván se arquea su alabastro de fuego
y con los ojos húmedos me mira largamente.

Un ángel me sostenga la luz de esa mirada
con que cruzar la sombra y los hielos que vienen
y entrar al Paraíso en un dulce abandono
y no sentirme solo en la hora de la Muerte.

II

PASION Y ANGUSTIA

¿Por qué en mi alma resuena con un son de catás-
[trofe
esta campana de la tarde del domingo,
ruina sobre la ruina, destemplanza y cuchillo?

Ay! esta fuga, esta espera larga e inútil
repitiéndose idéntica a orillas de las bodas
tras un ensayo de paraíso en la tierra.

Tras el profundo beso brevemente gustado
y la ternura para meses y años nacida
más caudalosa y viva mientras más contrariada.

Ay! esta angustia y fiebre y ceniza en las venas
y árboles deshojados y sed devastadora,
y heridoras preguntas y soledades lívidas.

Sonrisas infantiles que estrangulan las noches,
blanco fulgor de muslos que el espanto aniquila
estatuas inmortales que quebrantan los hielos.

Y ese son de la muerte tan semejante al hueco
que hay en los corazones el domingo en la tarde,
amarillo, estridente, ululante y amargo.

Junio 1944.